

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Inconsecuencia de la mujer, por doña Rogelia Leon.—*A la Noche*, poesía, por doña Isabel Poggi.—Estudios morales y políticos:
El Matrimonio, por D. Leandro A. Herrero.—*A Cervantes*, poesía, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Consideraciones histórico-filosóficas sobre la marcha de la humanidad*, por D. Julian Castellanos.—*Cantares*, por D. Carlos Cano y Nuñez.—*Maria*, novela, por doña Faustina Saez de Melgar.—Revista de modas: *Correo de Señoritas*, por doña Joaquina de Carnicerro.—Explicacion del grabado de lencería.—Variedades.
Pliego sétimo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

LA INCONSECUENCIA DE LA MUJER.

Cada uno dá á esta bella mitad del género humano sus calificaciones justas ó injustas.

Unos la llaman ángel caído, otros el ángel del hogar.

Quién la imagina con todos los atractivos de la esencia del alma más superior.

Quién la cree origen de todos los vicios.
Más de un santo, en su vida austera y retirada, la ha dado el nombre de demonio tentador.

Unos las huyen temerosos.

Otros las buscan con afán.

Otros las aborrecen y las aman á un mismo tiempo.

Otros las compadecen y las miran con una sonrisa de amargura.

Hay quien se figura que nada sério debe confiárseles.

Quién las escluye de todos los asuntos graves.

Quién toma parecer de ellas hasta en los negocios de Estado; pero la generalidad de las creencias se inclinan á juzgarla como el modelo de la falsedad y la inconsecuencia personificada.

Ella oye con paciencia y resignacion estos juicios, porque no se atreve á contradecirlos, por más que sus ideas luchen en confuso tropel para desarrollarse y verterse, en medio de esa sociedad de injustos acusadores.

Es más: permanecen mudas y silenciosas cuando los hombres cuestionan, aunque con su natural

sagacidad y viveza de imaginación, pudieran acaso desarrollar un tema, con más precisión y prontitud que ellos.

Pero temen el ridículo, temen ver una sonrisa burlona, un ademán de desprecio, ó, lo que es peor todavía, una frase que indique lo inconveniente de su libertad.

Por eso miran al hombre con el temor y respeto que en las edades bárbaras miraba el villano al opulento señor, dueño absoluto de su miserable hogar y de su vida.

Y ¿cómo no hacerlo, si las que tenemos la suficiente valentía de pensar y sentir y exponer las ideas, vemos que se trata de herir nuestro justo orgullo, que se tratan de oscurecer los lauros que pudiéramos adquirir, y que se apartan de nosotras, temiendo que lleguemos á dominarles ó á oscurecerles?

¡Vano temor! La mujer no ama al hombre que cree menos que ella. Según su talento, busca otro talento superior.

Convencida de la falta de inteligencia de un hombre, no entabla lucha mental con él, porque le vería pronto rendido y humillado, y ella no ama un triunfo mezquino, sino una conquista sostenida y grande.

La vemos deseosa de hacer á los hombres sus esclavos; pero, en el fondo de su alma, solo quiere al que tiene suficiente talento para esclavizarla á ella. El hombre que más adora es el que mejor la domina.

Goza en las contradicciones, por su natural afición á luchar para no ser vencida.

De ahí nace esa inconsecuencia de que se la acusa, sin comprender el fondo de su impenetrable corazón.

Ella sabe amar, y amar con locura; pero obligada á escuchar únicamente aquellos acaso que menos satisfacen su espíritu, no pudiendo elegir el tipo que soñaba su fantasía, y siendo el amor á su sensible alma tan preciso como la luz al ciego, se inclina á un ser, como la mariposa á la primera flor que le ofrece su cáliz; pero el cáliz después es amargo, y no apaga su sed ni su deseo.

No halla en él la pureza y frescura que anhelaban sus castos y rosados labios, y aparta la vista, asustada de su elección, buscando el ideal adorado, que rara vez puede hallar en un mundo donde todo es materialismo y frialdad.

Quiere huir á otro campo; buscar otra flor de

más perfumes, más sensible, más tierna, pero toca los mismos escollos.

Se punza las manos, lastima su corazón y arrasa de amargo llanto sus ojos.

Quiere amar, y vé que no comprenden lo puro de su amor. Distingue seres que pudieran comprenderlo acaso; pero aquellos están lejos, no la miran, no adivinan sus sufrimientos, no leen en sus ojos la pasión.

Ella no puede elegir: la elección sería considerada como un pensamiento ridículo: la declaración de su afecto, como una mancha á su honra, y la verdad de sus sentimientos como un crimen social que mancharía su frente.

Luego el mundo condena á la mujer á una eterna mentira: la condena á esclavizar su fantasía, á apriar y oprimir su talento, ¡y luego exige de ella la claridad de sentido, la firmeza de las ideas, la constancia de la eternidad!... ¡Contraste admirable!

¡Enseñarla á mentir, á no desarrollar su talento, á ocuparse de frivolidades, y luego pedirle lo que no se la dá, lo que se la niega siempre!

Eso es lo mismo que secar un arroyo y pedirle agua, que arrasar un campo y exigirle flores.

Triste situación que muchas no comprenden, pero que otras deploran con amargura.

¡Cuántas veces estando en un círculo de jóvenes lindas y bulliciosas, hemos llorado de verlas reír, y hemos querido adivinar en sus rosadas frentes el destino que les estaba señalado!

¡Cuántas otras nos hemos separado de ellas llenas de hastío, al oír insustanciales conversaciones, argumentos falsos, veleidad enojosa, raros caprichos, donde no ha habido una idea, un pensamiento razonable, una lección provechosa, ni un átomo de razón siquiera!

¡Cuántas otras nos hemos indignado, viendo que por matar el natural fastidio de la ignorancia, se ocupaban en zaherir á alguna compañera, ó bien gastaban largas horas, que pudieran ocuparse en algo que reportase utilidad, en hablar del color de un vestido, de la mejor colocación de un lazo, ó del efecto de una redécilla en los cabellos!

En lugar de reírnos de la importancia que ellas daban á estos asuntos, hemos deplorado las causas y los efectos.

Porque conociendo la gran inteligencia de la mujer, su astucia, su sagacidad, nos ha conolido verlas relegarse á terrenos incultos, siendo así que

su lugar debía hallarse en el templo de la cultura y la sabiduría.

¿Qué desafueros, qué crímenes han cometido las mujeres que han descollado en Ciencias, en Artes, en Literatura ó en otros ramos del saber humano, para que así se las tiranice y se las aparte, con el miedo del ridículo, de esa senda brillante y hermosa, que guarda para sí solo el egoísmo del hombre?

¡Y luego se les llama veleidosas, inconsecuentes, falsas!..... ¿Qué consecuencia puede guardar la mariposa en su temeroso é incierto vuelo?

¿Qué fijeza puede tener la nube, sin pedestal ni asiento que la sostenga?

¿Qué seguridad puede ofrecer la hoja que al desprenderse del árbol no encuentra el llamado de la ciencia, para afianzarse en él, y resguardarse de las tormentas y huracanes de la vida?

¿Será acaso más buena una mujer cuanto más ignorante?

Así lo creen muchos, á quienes hemos oído decir con tono sentencioso más de una vez: « ¡Dios nos libre de una mujer sabia! »

Y, sin embargo, una ignorante, elegida como mejor, ha acibarado su existencia, ha hecho de su nombre un giron de bandera rendida, y de su altivez y honra, un trofeo ridículo, que ha llevado por las calles la malicia en alegre y ruidosa mascarada.

¿Y qué importa? Esta mujer no le ha dominado en saber, que es el temor constante del hombre; no le ha vencido, pero le ha deshonrado.

¿Y qué? ¿eso solo es una falta de consecuencia?

Una falta de esas en las cuales no se la debe acusar. Hiciéranla de niña pensar menos en galas y devaneos, y estudiar más los deberes de la mujer, y entonces supiera desechar el mal y apreciar la virtud y el bien.

Pero ¿quién piensa en ello? Se las educa solo para agradar los sentidos, y como las antiguas romanas, ellas se convencen que su vida está destinada al placer, á agradar al señor que se digne elegirla, no con las bellezas morales, sino con las que la naturaleza y el arte puedan concederles.

No creemos que la mujer deba ser literata en sociedad, ni hacer gala de erudición, ni ciencia, sino en un caso preciso, cuando se la trate de deprimir y juzgarla á lo mahometano, *cosa* y no *ser*; pues una mujer bachillera, es á nuestros ojos mas insufrible que una cotorra llena de licores; pero creemos que debe instruírsela, para que cese en ella esa

volubilidad, esa inconsecuencia que tanto deploran los hombres, y que no es otra cosa que una educación superficial y descuidada.

La mujer, en nuestra humilde conciencia, puede dominar sin presumirlo ella misma.

Su juicio, su saber, su dulzura, le ofrecen un imperio seguro que nunca es atacado ni destruido si se elevó en buenas bases.

La mujer debe estudiar y saber tanto como el hombre, no para ejercer cargos públicos, pues tiene demasiado corazon, y éste le arrebataría fuera de la discusion natural llevándola al terreno de las personalidades y las ofensas, sin poderse contener en su sentido y extraordinaria vehemencia infantil.

Ella es siempre una niña mimada que necesita el halago y cariño para vivir y gozar.

Envolverla en los torbellinos políticos, en las destrozadoras causas del crimen ó entre guarismos ó negocios de Estado, sería marchitarla y hacerla morir.

Ellas han nacido para velar el hogar doméstico, aconsejar dulcemente al hombre, consolarle de sus pérdidas y desengaños, y buscar el narcótico que ha de adormecer todos los dolores de la vida.

El hombre ha de hallar en sus brazos consuelo, resignacion, esperanza, tranquilidad y fé.

De este modo conquistan el corazon de aquel más avezado á huirlas y á temerlas.

Y ¿por qué negar la instruccion á la mujer cuando sin saber, experiencia y estudio, nada se consigue ni se puede sostener?

Porque equivocadamente creen que una mujer instruida trata de ocupar en el mundo y en el rincón doméstico un lugar que solo pertenece al marido. ¡Fatal error! Cuanto más aventajada en luces una mujer, más sabe preservar del ridículo á aquel por quien han de respetarla y engrandecerla.

¿Habeis visto que alguna mujer perdona la cobardía en un hombre?

Todos sus defectos los tolera, para todo halla disculpa si le ama; pero no exijais de ella que se incline al que volvió la espalda al peligro pudiendo defenderse; pues bien; ¿cómo ha de agradarle la cobardía moral y la falta de dignidad y sostén?

No temais instruírlas y hacerlas aplicadas y estudiosas, pues solo emplearán sus conocimientos, penetracion y sagacidad en conquistar vuestro afecto, en aprisionar vuestro corazon, en amaros mucho.

Formar el pedestal donde han de afirmarse, debe

ser el cuidado de los que en todos tiempos las han deprimido, creyendo que esforzando su talento había que temerlas y que huirlas.

¿Quién mejor que Santa Teresa, y fué poetisa, doctora y esposa del Señor, y Santa, y cuanto de grande puede ser una criatura pura y celestial?

¿Habeis visto que el talento sirva para el mal mejor que para el bien?

Buscar todos los seres célebres en crímenes, y veis que la ignorancia y la oscuridad los condujeron á ellos.

Instruir la mujer y dejará de ser inconsecuente y culpable, y durará vuestra pasión hacia ella cuanto dure su vida.

ROGELIA LEON.

Á LA NOCHE.

¿Qué hay en tu soledad majestuosa,
Que, al estender tu imperio,
Levántase ardorosa
Nuestra idea, buscando en tu misterio
La paz de la creencia religiosa?

¿Qué hay en tu sombra soberana y muda?
¿Qué celestial encanto,
Purísimo, se escuda
En los lóbregos pliegues de tu manto,
Que el alma con respeto te saluda?

¿Por qué son del arroyo trasparente
Los murmurios mas suaves?
¿Por qué más dulcemente
Besa el aura las plantas, y las aves
Modulan, si te ven, trino doliente?

¿Por qué la florecilla matizada,
Plegando su corola,
De su esencia privada
Los aromas te da, guardando sola
Tu frescura en las hojas recatada?

¿Es que, dejando su estrellada alfombra
El Dios de tierra y cielo,
De la noche en la sombra
Desciende á derramar dulce consuelo,
Sobre el que sufre y con amor le nombra?

¿Y en cántico sublime auras y flores,
Y soledad grandiosa,
Y los suaves rumores
Del blando arroyo y de la selva hojosa
Al Supremo Hacedor alzan loores?

¿Cuánto misterio en tu insondable arcano,
Lóbrega noche, guardas!
En ti fragua el tirano
De pasiones mezquinas y bastardas
Los planes con que alzarse soberano.

En tus horas recuenta su tesoro
El miserable avaro,
Pobre entre montes de oro;
Y velando sus arcas, niega amparo
De las virtudes al escelso lloro:

El justo duerme en apacible sueño;
El pensador verdades
Busca en su noble empeño;
Y aterra al criminal en soledades
De expiacion el vaporoso ceño:

Otros en loca, estrepitosa orgía,
Por tu sombra velados,
Arrójanse á porfía;
Y ¡ay! ¡el pudor y dignidad hollados
Despojos son sobre que llora el día!

Candorosa la virgen, sonriente
Su Eden de amores mira
Donde plácidamente
El aura suave de bonanza gira,
Ósculos de virtud dando á su frente;

Y se duerme el infante en el regazo
De su madre querida,
Sin ver artero el brazo
Que, de amarguras la existencia henchida,
Tiende á cortar de su delicia el lazo.

Y el númen del poeta se levanta
De inspiracion solemne
Sobre la cumbre santa;
Y gloria dando á su cantar perenne,
La gloria inmensa del Supremo canta.

¿Por qué en tal confusion marchan mezclados

Los sueños deliciosos,
 Los anhelos malvados,
 Y ocultos en tus pliegues tenebrosos
 Son á la triste humanidad legados?

¿Qué valen tu grandeza y tu hermosura
 Si, al estender tu imperio,
 La gloria y la ventura
 Sueñan, envueltas, por mayor misterio,
 Con sombrío tropel de idea impura?

¿Qué valen?... ¡Ah! De su estrellada alfombra
 El Dios de tierra y cielo
 De la noche en la sombra
 Desciende al mundo, á derramar consuelo
 Sobre el que sufre y con amor le nombra.

Así, cuando adelantas, noche muda,
 Tu celestial encanto,
 Que sublime se escuda
 En los lóbregos pliegues de tu manto,
 Con su trova mi lira te saluda.

ISABEL POGGI.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

EL MATRIMONIO.

Para que el poder de la mujer despliegue sus magnificencias soberanas en el hogar doméstico, necesita una garantía eterna que se oponga constantemente á su destruccion: tal es el matrimonio, institucion divina, y de tan imperiosa necesidad en la vida social, como que sin ella no es posible la civilizacion humana ni el bienestar moral y material de los pueblos.

El matrimonio, unificando á la carne, tiene origen en la cuna de la humanidad, y es por cierto notable que el Hacedor Supremo no diera al primer hombre más que una sola compañera, simbolizando así la sociedad monógama, que es la que ha sancionado mas tarde el cristianismo.

El matrimonio, como institucion divina, es la santificacion de la union de dos seres que se abren mutuamente las puertas del templo de la familia: su augusto carácter revela su grandeza, de tal modo, que sin él no hubiera sido posible la perfeccion de la vida moral del linaje humano. Así, donde el hombre

bárbaro de la poligamia no columbra más que una atmósfera saturada de deleites lascivos, el hombre regenerado por el matrimonio, halla en él una fuente perpétua de purísimos placeres, compañeros inseparables de la felicidad del alma, los cuales, lejos de abatirla, alientan su fruicion, y la conceden tranquilamente una herencia de virtudes, objeto de todos sus buenos anhelos.

Un oriental, con su rebaño de esclavas y su liviana magnificencia, no posee un átomo de la ventura que entraña el humilde hogar del hombre de la civilizacion. El primero agoniza de hastío sobre el mármol pavimento de sus salas bizantinas: en vano pide un rayo de amor para sí y para sus hijos á la misera esclava que se arrastra á sus piés como un insecto: de aquella materia inerte, helada por la impura mano del envilecimiento, solo puede esperar una blasfemia ó una maldicion: sus hijos ¡infelices criaturas! en vano buscarán el néctar de la vida en el regazo de su madre: errantes, como la arena del Desierto, rodarán en la vida pública, sin que hayan llegado hasta su cuna los sonidos armoniosos del afecto maternal, sin que su tierna frente se haya dilatado una sola vez al calor de los besos y caricias paternales. ¡Desventurada existencia! ¡Qué espectáculo de familia donde la infamia y el crimen se transmiten como la mejor herencia de virtud!

Pero ved al lado de ese lúgubre cuadro la risueña perspectiva que ofrece el hogar del hombre civilizado. Una sola mujer ha bastado para suavizar los ímpetus groseros de las pasiones: sus armas, el amor, la ternura, la santa caridad, que emanan de su alma como de una fuente viva. Vedlos, sonriendo, compartir con dulce afán la pension de las tareas domésticas; vedlos, sentados á la mesa de blancos manteles bendecir su pobre pedazo de pan con lágrimas de alegría; vedlos inclinarse sobre la cuna de su hijo, que se alza entre ambos como un ángel de redencion, como núcleo de nuevos afectos, como perfume nuevo de la planta de la vida, que se ha desarrollado al tibio soplo de sus brisas de primavera. ¡Sublime felicidad! Todo es allí luz y riqueza de sentimientos. Ni una sombra que amenace oscurecer el porvenir: todo en conjunto poniendo de relieve un cielo en este mundo. Tales son los milagros del matrimonio, tal su eterna magnificencia, mas superior cuanto son mas puros sus divinos aromas.

Una cuestion de la mayor importancia se ofrece naturalmente al tratar esta materia: nos referimos al

repudio ó matrimonio disoluble, y aquí de la ortodoxia de los novadores, esos Antecristos sociales, cuyos sistemas repugnantes apadrinan todas las monstruosidades. Pero esta cuestion no es de solucion difícil, si se atiende á la gran verdad que antes hemos sentado. Todo lo que escapa del matrimonio indisoluble degenera en la poligamia; y adviértase que si el idioma del Asia llama poligamia al envilecimiento de la mujer en esos lugares degradados de la civilizacion, el idioma de los pueblos regenerados por la verdad cristiana llama á la poligamia *prostitucion*, que constituye entre nosotros un verdadero padron de infamia.

El matrimonio no es ni mas ni menos que la fórmula de la redencion de la mujer y la garantía más eficaz de sus derechos legítimos é inenajenables. Así no podemos derogarle sin caer otra vez en la espantosa sima de la depravacion, donde se han sepultado las generaciones pasadas con sus vicios y sus crímenes, con su corrupcion y su podredumbre. Así la ley del repudio, es como la sancion de la liviandad pública, como el germen fatal del desenfreno desvergonzado, y es además una ley de barbarie, que atenta contra el plan armonioso de la Providencia.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

Á CERVANTES (1).

Hubo un hombre cuya historia
Asombro es del pensamiento;
En él consiguió el talento
Personificar la gloria.

Un hombre al que con razon.
Todos han dado en llamar,
Eminente en el pensar
Y grande en el corazon.

De Lepanto en la jornada
Creyendo medrar se halló,
Y por premios alcanzó
Ver su mano mutilada.

De su destino cruel
No cesó el furor esquivo,

Y aquel hombre fué cautivo
De los piratas de Argel.

Y cómo para apurar
Su paciencia el hado fiero,
Le hizo tambien prisionero
Del alcalde *de un lugar*.

Á padecer destinado
Con resignacion sufria,
Amargo llanto vertía;
Mas nunca desesperado.

Desatendido su lloro
Le despreciaron los necios,
Y á cambio de sus desprecios
Legó á su patria un tesoro.

Un libro que á las naciones
Más lejanas ha llegado,
Entre hierros engendrado
Y dado á luz en prisiones.

Y aqueso libro fecundo
Porque eternamente asombre,
Tiene por actor al hombre,
Y por escenario el mundo.

Debe llamarse, en verdad,
Asombro de criaturas,
Quien tan solo en dos figuras
Retrató la humanidad.

El libro no celebraron
Los ingenios que le vieron:
Los unos no lo entendieron,
Los otros no lo estudiaron.

No fué culpable el desden
De aquel Parnaso español.
¡Cómo han de admirar el sol
Los ojos que no le ven!

Á sus enemigos fieros
Perdonó, porque sabia
Lo que su libro valdria
En los siglos venideros.

Y si puede haber venganza

(1) Esta poesia ha sido leida en el Liceo Piquer en dos sesiones consecutivas, siendo en ambas calorosamente aplaudida.

Noble al par que esclarecida,
Ved si se la dan cumplida
Don Quijote y Sancho Panza.

Esas dos luces brillantes
Dicen á la gente estraña :
« Primera nacion, España ;
Primer español , ¡Cervantes!»

¡Gloria al que del vicio azote
Mezcló con la risa el llanto ;
Gloria al sábio, al noble, al santo !
¡¡Gloria al autor del Quijote !!

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-FILOSÓFICAS sobre la marcha de la humanidad.

ARTÍCULO PRIMERO.

«Toda la humanidad no será
más que una sola familia.»
(S. JUAN.)

La humanidad, impulsada por una ley desconocida y forzosa, marcha á la realizacion de una gran idea.

Querer negar esta verdad, querer siquiera ponerla en duda, es el mayor de los absurdos.

Todas las generaciones en su tránsito fugaz por el mundo, dejan en él marcada su huella de una manera indeleble; y la historia, gigante espejo donde se ven representadas las acciones buenas ó malas de todas las edades, es el norte, el esplendoroso faro que sirve de guía á los siglos venideros. Y todos esos hechos que considerados superficialmente parecen discordes y contrarios, estudiados con detenimiento se les ve marchar de consuno á la realizacion de la gran obra, á la perfeccion de la especie humana.

Poco necesitamos hacer para probar esta verdad: multitud de filósofos de diversos tiempos y paises convienen en la existencia de esa ley desconocida: la reconocen Vico, Herder, Bossuet, Lamennais, Ballanche y otros muchos, aunque de distinta manera y bajo diferentes aspectos.

Para probar, pues, de un modo indudable la

verdad que encierra nuestro juicio, trazaremos, si quiera sea á grandes rasgos, la historia de la humanidad.

Vaga el hombre en su estado primitivo por las vírgenes praderas y por los cerrados bosques, huérfano y semejante á los demás animales, sin experiencia alguna de lo pasado, sin el más mínimo conocimiento de lo futuro.

El hambre le hace buscar con qué alimentarse, y recoge los frutos que la pródiga naturaleza le ofrece.

La sed le inclina al agua trasparente y pura con que le brindan los cristalinos arroyos que cual culebras de plata serpean á sus plantas.

El frio le hace dar muerte á algunos animales y cubrirse con sus pieles, y el calor le obliga á buscar un refugio contra los abrasadores rayos del sol que calcinan sus sienes.

Dedicado continuamente á la caza, á la pesca ó á apacentar sus ganados, se vé á cada instante perseguido por las bestias feroces: la necesidad de defensa y el convencimiento íntimo de su impotencia á causa de su aislamiento, le hace asociarse á otros de su especie y socorrerse mutuamente en la hora del peligro: de esta asociacion resulta la familia, y más adelante la tribu, siguiendo á pesar de todo su vida nómada y errante, acampando en los sitios donde la naturaleza se le muestra más pródiga, viviendo en comunidad de bienes y de mujeres.

Despues de la reunion de varias tribus se forman las naciones, y porque los hijos de algunas de estas fueron más valientes ó más diestros que los de las demás y las conquistaron, surgieron los primeros imperios.

Entonces florecen en Oriente los egipcios y los asirios, en donde, á pesar del régimen despótico que en ellos se seguia, el espíritu del hombre, siempre en lucha con la naturaleza, consiguió arrancarla algunos de sus más recónditos secretos, y conoció la astronomía, midió el curso de las estaciones, hizo grandes adelantos en medicina, perfeccionó la agricultura, inventó la aritmética y la geometría, y elevó á un grado tal de perfeccion la arquitectura que las edades venideras admiraron la grandeza y suntuosidad de los monumentos egipcios.

La Thébas de cien puertas, cantada por el inmortal Homero, los baluartes de Nínive, los muros de Babilonia, los palacios de Persépolis, los templos de Ballek y Jerusalem, el célebre laberinto colocado á la márgen del lago Miris, dan una idea de la grandeza

y los adelantos, tanto en las ciencias como en las artes, de aquellas regiones.

Después, cuando el Egipto, muerto Sesostris, deja perder en el polvo la espada con que aquel gran príncipe sujetara la Etiopía, la Escitia y la Capadocia, cuando la falta de apoyo de aquel soldado, á cuyas plantas cayera rendida Jerusalem; de aquel guerrero que holló con el ensangrentado casco de su caballo los mármoreos pavimentos del templo de Salomón, cuyas innumerables riquezas distribuye entre sus partidarios; de aquel guerrero que hace tirar de su carro de triunfo á los reyes vencidos; de pasar por manos de monarcas indolentes é inhábiles, debilitado por los excesos de los reyes de Babilonia, cae hecho despojos de Cambises, el más insensato de todos los príncipes.

Los asirios, ceñidas sus sienes por los guerreros laureles que alcanzaron Nino y Semíramis, regidos por los soberbios Nabucodonosores, que, orgullosos con su poder, se creían capaces de sujetar bajo su yugo al mundo, se hacen crueles con los pueblos vencidos, que, hartos de su tiranía, se unen bajo las banderas de Media y Persia, y se arrojan sobre la orgullosa Babilonia, que, confiada en su fortaleza, mira con desprecio á tantos enemigos congregados; pero que ve desvanecerse como el humo su poderío y muerto su sacrilego rey Baltasar por la espada del vencedor, cae de rodillas desgarrado su purpúreo manto, y hecha pedazos mil su diadema por la mano poderosa de Ciro, que con su sabiduría y su prudencia eleva á una altura floreciente á cuantos pueblos alcanza con sus conquistas.

Pero este imperio debía sufrir con el tiempo la misma suerte que el anterior: el deseo de más grandeza, de más poderío, de más gloria, le arrastra al precipicio, y después de vencer al Egipto y domar el Asia Menor, arroja sus huestes inmensas como las arenas del Desierto sobre la joven Grecia, que, con el esfuerzo de un puñado de sus bizarros hijos, detiene el paso del arrogante Jerjes, el cual vió marchitarse el laurel de sus victorias, y estrellarse la preponderancia militar de los persas ante el patriotismo y entusiasmo de aquella nación floreciente y civilizada, de aquella nación que, después de tener reyes que sin tiranizarla la hicieron profesar respeto á las leyes, se constituyó en repúblicas, regidas por los sábios consejos de los célebres legisladores Licurgo, Solón, Thales y Philolao.

Las artes y las ciencias llegan entonces en aque-

lla privilegiada nación á su mayor apogeo. Pithágoras, Anaxágoras, Sócrates, Archytas, Platon, Xenophonte, Aristóteles y otros immortalizan con las sublimes obras de sus genios el nombre de la artista Grecia.

Después, cuando las guerras destrozan á estas repúblicas y los atenienses y lacedemonios se debilitan en sangrienta batalla, mantenidos sus celos por los persas, y estos creen llegada la hora de hacer suya toda la Grecia, se alza Alejandro, rey de Macedonia, aquel genio de la guerra que pedía á la posteridad otro Homero, y escribía á Aristóteles diciendo *que deseaba esceder á todos los hombres en saber y conocimientos mas bien que en autoridad y poderio*; y haciendo seguir á los griegos sus banderas ataca á los persas, entra vencedor en Babilonia, y realiza en Asia la union del espíritu griego y el espíritu oriental. Á la muerte de este gran hombre, cuando sus capitanes ambiciosos tratan de hacer girones sus conquistas, la poderosa Roma, aquella ciudad fundada por una horda de pastores y bandidos, arroja sus aguerridas legiones sobre la Grecia, que cae esclava á los pies de la reina poderosa del mundo, que logra uncir á su ebúrneo carro la gente de todas las razas, fundir en un código las leyes de todos los países, y recoger en su seno el espíritu del Oriente y la Grecia, formando la idea de la humanidad.

Bien claro, pues, se ve, á través de todas estas sangrientas hecatombes, la existencia de esa ley desconocida que hace marchar á la especie humana á su perfeccionamiento.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

CANTARES.

Cuando se encuentran ausentes
Dos seres que se idolatran,
Sus nombres y sus suspiros
Se confunden con las auras.

El ruiseñor busca el nido.
El cefirillo la flor,
El arroyuelo la fuente,
Y el amor el corazón.

Cuando aparece la luna
Y la lenta noche avanza,

Es cuando dan más suspiros
Las almas enamoradas.

Me han dicho que estás muy triste
Y que lloras noche y día;
Si es tu llanto por mi causa,
No llores, niña querida.

Tengo celos de la brisa
Que acaricia tus cabellos,
De la flor que te engalana,
De..... todo, ¡tanto te quiero!

Tu imagen veo en la fuente,
En las flores, en el cielo,
Y es que tu imagen querida
La llevo dentro del pecho.

CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

MARÍA.

NOVELA ORIGINAL.

DEDICADA

Á LA SEÑORA DOÑA MARIA ODIAGA DE LLUCH.

(Continuacion.)

—¡Oh Dios mio!

—¿No quiere Vd.? No puedo dar más, que está muy mal cuidado.

—¡Oh, no, jamás!

Trémula y vacilante dió dos pasos hácia la puerta, y viéndola el peluquero decidida á marcharse, se apresuro á decirla:

—Vamos, daré á Vd. medio duro.

Se detuvo la jóven, y la idea de su padre moribundo cruzó por su imaginación, y murmuro:

—¡Oh padre mio, qué no haré yo por ti! y luego, cayendo desplomada sobre una silla, dijo con un acento de angustia indefinible:

—Corte Vd....., y puso en las manos del repugnante viejo sus magníficas trenzas.

Pocos momentos despues compraba la merluza para su padre. Un caballero de figura deforme, pero de semblante simpático y gracioso, la seguia, y la perdió de vista al volver una esquina. Este presencié la dolorosa escena de casa del peluquero desde una pieza interior, y siguió á la jóven con ánimo de

socorrerla. Al llegar María á su casa, se acordó que no tenian pan, y volvió á salir; llegó á la tahona, y al volver se encontró una cartera muy elegante, la que, abierta, presentó á los asombrados ojos de la jóven una suma considerable en billetes, varias cartas y tarjetas con el nombre y señas de la habitacion del dueño, que sin duda la perdió.

No manifestó el rostro pálido de la hermosa jóven señal alguna de avaricia ni alegría; solo murmuró con un impulso de compasion:

—¡Qué mal rato pasará el que la haya perdido! pero yo se la devolveré, y subió las escaleras precipitadamente.

Una hora despues preguntó en una magnífica casa de la calle Mayor:

—¿Vive aquí D. Lucas del Rio?

—Sí, señora, le contestó el portero: ¿qué se le ofrece á Vd.?

—Quería entregarle una prenda de bastante valor que ha perdido.

—¿Una cartera?

—Sí, señor.

—Suba Vd., suba Vd., señorita.

Y la introdujo en la habitacion de D. Lucas. Una criada dijo:—Ha salido el señor; pero está su hermano D. Luis en el gabinete.—Condujeron á María á la presencia de un jóven de fisonomía antipática, aunque de una figura hermosísima: estaba sentado en un sillón, y al ver á la jóven, exclamó:

—¡Hola, María! ¿tú por acá? Bien decia yo que no resistirias mucho tiempo: dame un abrazo, hermosa.

Se levantó con los brazos abiertos hácia ella; pero la jóven le detuvo con dignidad, y cubierto de rubor su bello rostro, le dijo con voz temblorosa:

—No vengo á buscarle á Vd., y mal podría hacerlo, cuando no sabia la habitacion de Vd., y hasta ignoro su nombre.

El tono firme y la dignidad con que Maria pronunció estas palabras, detuvieron al jóven, que repuso:

—¿Luego á qué vienes á buscarme, para pedirme una limosna? Bien podias trabajar, que bien jóven eres.

—No vengo á pedir á Vd. nada, y solo vengo á buscar á su hermano D. Lucas.

—¡Hola! ¿conque á mi hermano le concedes tus favores? Pues á fé que es muy afortunado, y tienes por Dios un gusto que me pasma: prefieres á un

hombre jorobado y feo á otros con buena figura, y que te ofrecen....

—Sr. D. Luis, vengo á entregar esta cartera que esta mañana he hallado en la calle del Sacramento.

—¿La cartera de mi hermano? Es mucha tu generosidad, bella niña.

Tomó la cartera D. Luis, y la jóven salió precipitadamente, sin poder contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Pero, niña, ven, vuelve, y toma la recompensa.

La jóven, sin escucharle, salió, y en la escalera se encontró á dos caballeros, uno de ellos jorobado, que la miró con interés, y murmuró en voz baja:

—Es ella: la jóven que se cortó el pelo esta mañana. ¡Qué hermosa es!

Y se volvió para seguirla; mas el caballero que le acompañaba, tirándole del brazo, le dijo:

—Vamos, Sr. D. Lucas, que tengo prisa.

Un suspiro salió del pecho del jorobado al desaparecer María, y fué al encuentro de su hermano, que estaba en la puerta de la escalera, quien, alargándole la cartera, le dijo:

—La cartera que perdiste esta mañana, acaba de entregármela esa jóven que has encontrado en la escalera.

—La habrás dado una buena recompensa.

—No, por cierto: se ha marchado corriendo sin aguardar á razones.

La fisonomía del jorobado se demudó, y desprendiéndose del brazo del caballero que le acompañaba, echó á correr en seguimiento de María; pero su hermano, adelantándose, le detuvo, y preguntó:

—¿Dónde vas? ¿Para qué la quieres?

—Déjame pasar.

—No: sube y despacha.

—Déjame alcanzarla, Luis.

—No puedes: ya está demasiado lejos.

—Por Dios, hermano, que me estraña ese capricho de cortarme el paso, y no sé qué razón tengas para obrar de esa manera: ¿conocias ya á esa jóven?

—Sí; hace algun tiempo que la conozco. Pero sabemos, que D. Andrés nos espera.

La jóven llegó á su casa, y encontró á su padre bastante mal; su enfermedad se agravaba, y la infeliz sufría horriblemente viéndole en un estado tan lamentable, y sin poderle prestar auxilio alguno, á causa de su estremada miseria.

Ocho dias despues de la escena ocurrida en la casa de D. Lucas, la infeliz María, en el mayor aban-

timiento, estaba á los piés de la cama del anciano, calentando con sus manos y aliento los ateridos piés de su padre moribundo; el niño, abrazado á ella, la pedía pan, y ella no tenía ni un pedazo que darle.

—No hay, hijo mio, le contestó llorando.

—Pues ve á buscarlo, como el otro dia.

—¡Y si hoy no tengo dinero!

—Pues pídelo prestado, que tengo mucha hambre; anda, hermana; tráeme, aunque no sea más que un pedacito.

—Calla, por Dios, Adolfo mio, y sufre un poco, le dijo, besando los lábios del niño, que rompió á llorar al oír la respuesta.

¿Por qué lloras, Adolfo? le dijo el anciano.

—Que no me quiere dar pan María, y me estoy muriendo de hambre.

—¿No hay pan, María?

—No, señor.

—Pues ves por ello, que ahora no te necesito.

El corazón de la pobre jóven se comprimó dolorosamente, y apenas podía contener los sollozos: habia ocultado hasta entonces su verdadero estado, y le precisaba decirle que ya no tenían en su miserable buhardilla una prenda que valiese ni aun dos reales. Sensible le era en extremo esta dura confesion al infeliz anciano que se hallaba á las puertas del sepulcro. Confesion que serviría tan solo para acibarar más y más sus últimos momentos. Dos veces quiso hablar, pero sus palabras espiraron en sus lábios, y no tuvo valor para revelárselo.

—¿No vas, hija mia? volvió á decirle.

—Sí, señor, le respondió maquinalmente.

—Tráeme un poco de sustancia de arroz, porque me abrasa la sed.

—Padre mio, no he traído arroz, y se ha concluido el que habia.

—¿Ni agua de naranja tampoco?

—No, señor.

—Hija mia, no me descuides así, por Dios, que me restan muy pocos dias de vida; tráeme alguna cosa con que refrescar mi boca, porque la calentura me abrasa, y la lengua se me pega al paladar.

—¡Oh Dios mio! murmuró María en voz baja, enjugándose las lágrimas, ¿qué haré yo?

Una idea repentina cruzó por su mente, y salió apresuradamente á la calle. Llega á casa de D. Lucas, y pregunta si estaba en casa.

—No, señora, le contestaron.

Esta respuesta la dejó anonadada, y tuvo que buscar un apoyo para no caer: sufría mucho, y en dos días no había tomado alimento. Pero lo que más oprimía su corazón era la idea de su padre moribundo y de su hambriento hermano: se retorcia las manos de desesperación, y murmuraba con voz ahogada:

—¡Oh, y los dejaré morir de hambre! ¡Oh, no, padre mío, hermano querido! Yo os salvaré á costa de mi honra, es verdad; pero no me es dable hacer otra cosa: bastante he luchado ya. ¡Oh D. Luis, D. Luis, me venciste!

Dichas estas palabras, levantó la cabeza que había tenido caída sobre el pecho, y limpiándose las lágrimas se dirigió resueltamente á la escalera. El portero, que la vió subir, la dijo:

—¿No he dicho á Vd. que no está D. Lucas?

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda se ostenta este año más agradable con sus trajes claros y frescos, muy adecuados para disfrutar las embalsamadas brisas de Junio. La muselina, no obstante, se halla completamente abandonada, destronada con justa razón por los tejidos de fantasía, alpaca, linón, sultana, mohair, etc. Los trajes que se ajan son detestables para ir en carruaje ó en ferro-carril, teniendo en menos de una hora un aspecto deslucido y enteramente inconveniente. Todo esto es lo que ha perjudicado al traje de muselina, hoy exclusivamente reservado para traje de interior ó de campo, en cuyo caso es necesario tener presente debe ser lo más lindo y distinguido, sin haber cuestión de edad. La importancia del traje blanco reside en los adornos destinados á imprimirle sello, porque desde la niña hasta la mujer más caracterizada pueden usar el traje blanco y presentarse como corresponde. Lo recomendamos, pues, en el campo, pero no en la ciudad, y en suplemento los tejidos de lana para negligé y los tafetanes y foulards de la India para trajes de vestir.

El foulard es el favorito de la estación, y en este momento lleva la ventaja el azul aciano claro en tin-

tas lisas, ó bien adornadas de lindos sembrados de lunares negros, ó si no, rayadas de distancia en distancia por tres finas rayas á dientes de sierra. El foulard liso gusta completarse con un guarnecido de gruesos escarolados, dispuestos de trecho en trecho alrededor de la falda, ó colocados sobre cada costura, remontando aminorándose hasta el cuerpo, adornado del mismo modo en las sisas y en la parte baja de las mangas.

Cuando el fondo del foulard tiene motivos negros, debe reproducir el escarolado los dos motivos. Nos parece muy graciosamente sencillo un adorno compuesto de tres vieses iguales al traje y bordeados de un color en conexión con los motivos.

Estos adornos pueden emplearse sobre el tafetan de estío, para el que citaremos también los volantes en vieses de veinticinco á treinta centímetros de alto, y montados en frunce, de los cuales basta uno en el bajo de la falda. Asimismo los enrejados de entredoses de encaje, colocados por encima del falso, los cordeles siempre en el borde, y remontando sobre cada costura hasta el talle ó hasta un tercio de falda, y terminados por un lazo: los bajos de falda recortados á dientes, y colocados sobre el falso, encima de un volantito de color opuesto; las tiras lisas colocadas al borde del traje, y recortadas en la altura á dientes de lobo. Para vestidos sencillos los volantes medianos, y sobre todo los vieses con ribete sobresaliente, son seguramente lo mejor. Los volantes pequeños han perdido terreno en las faldas; pero gozan de gran favor en las enaguas.

Á los tejidos ya citados debemos añadir para *toilettes* de género sencillo las sultanas de lana y seda, guarnecidas de bordados en paja y felpilla negra, dibujando muletillas ú otro adorno alrededor de la falda, sobre el cinturón y en el bajo de las mangas.

Como telas en pieza, las arenillas pintadas con rayas, satinadas en todos matices; el linón Pekin también con rayas violeta puro, azul aciano, solferino, ó negro. Estos dos géneros son sumamente bonitos, y formarán trajes para muy vestida. Los linós con flores brochadas de todos colores, la sultana impresa á fondo blanco, todo sembrado de lunares y de diferentes menudencias. Otras sultanas con rayas satinadas, sobre las que se ostentan pequeñas guirnaldas de flores. Nada se asemeja más á las sederías, ni hace mayor efecto que estas encantadoras fantasías.

Como tela lisa, las sultanas, en puro hilo de cabra, son sólidas y de mejor uso, encontrándolas en

todas tintas, de gris y lila, ó en blanco. Este último puede arreglar elegantísimos trajes.

En cuanto á los sombreros, ha prevalecido la forma *fauchon*, reemplazando, en general, los largos cabos flotantes por detrás con un velito cuadrado, que oculta un poco la nuca enteramente descubierta por el sombrero.

Designaremos algunos modelos:

Uno en paja belga, guarnecido por detrás con dos barbas de fondo de blonda, cuadradas, y retenidas en lo alto por una rama de rosas musgosas; en el interior capullos de rosa.

Otro en paja de Italia, adornado por detrás con un velo de tul liso, sobre el que descende una rama de rosa blanca, sujeta con un lazo de terciopelo encarnado. Otra rosa igual guarnece el interior, y las bridas son blancas.

Y el tercero de tul blanco, bullonado á lo largo, y floreados los bucles de los bullones con ligeros racimos de lirios, colocados á continuación unos de otros, formando cordón. Por detrás una mazorca de iguales racimos descendentes, dispuesta á modo de oculta-peine.

Ya es tiempo de que nos ocupemos de los sombreros redondos. La toca y el casquete se llevan siempre; pero existe otro modelo aproximado al segundo, de un género más modesto, y que nos parece se adoptará. Los bordes se prolongan por delante á modo de visera; pero por detrás y sobre los lados no se advierte el aspecto rebajado del casquete.

En conclusion: lo que tiene todo el atractivo de la novedad es un sombrero redondo, cuya forma es exactamente una copia de los que vemos reproducidos en bordados sobre los abanicos de chimenea; en una palabra, el sombrero chino con su pequeño fondo puntiagudo y apenas elevado, y luego sus grandes bordes lisos. Seguramente no debemos esta invención á la coquetería, precisándonos á confesar que es llevar extraordinariamente lejos el furor de la novedad, complaciéndose en afearse bajo un quitasol de semejante naturaleza. Estos sombreros se guarnecen de pequeñas cocas en terciopelo estrecho, descendiendo todo alrededor á igual distancia. Por último, si nuestras elegantes que se preparan para sus escursiones veraniegas quieren ver preciosos modelos, acudan al Ramillete (Carretas, 39) y los encontrarán elegantísimos y adornados con la mayor variedad y gusto.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL GRABADO

DE LENCERIA.

Sombrero de tul, bullonado, adornado de cuentas y flores. Lo mismo interiormente. Caidas de tafetan.

Sombrero de *crespon*, adornado de cintas, un *aigrette* sale de un agremán de cuentas, y en lo alto un pájaro va á caer sobre la frente; caidas de tafetan.

Prendido sultana; se compone de un *de echarpe* tul, que baja hasta el hombro; por detrás un largo encaje, sobre el cual caen dos cintas; encima escapelas de cinta y doble cordón de cuentas. El primero cae encima de los cabellos.

Gorra de tul. Sobre el fondo un pequeño *fauchon* rodeado de un encaje. Caidas de encaje y conchas de cinta.

Cuerpo para vestido de piqué blanco, labrado, ó de muselina bordada, con forro de tafetan. Va adornado de cintas, botones forrados de tafetan y guarniciones festoneadas.

Fichú de tul, drapeado y cruzado sobre el pecho. Está rodeado de una guarnición y adornado en los hombros con lazadas de cinta, que terminan en cabos flotantes y caen sobre la manga corta.

Fichú abierto, de muselina bordada, guarnecido de una rica blonda y adornado con cintas de tafetan, que cruzan en el talle, ensanchándose y formando largas caidas, que bajan sobre la falda, terminando en una blonda.

Cuello de muselina bordada. Corbata de tafetan, que termina en una franja perlada.

DIBUJO DE TAPICERIA.

El grabado que repartimos con este número es el complemento del dibujo para reclinatorio, que nuestras suscriptoras recibieron el 30 de Abril. Aquel era el asiento, y este es el antepecho, ó bien sea la tapa de la caja, si se emplea para silla de fumar. Las nuevas suscriptoras que no le tengan y deseen completarle, se les facilitará abonando cuatro reales por cada uno.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



Long Imp. r. des. Marais. 66. Paris.

2511 bis

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13 Pral Derecha
Ayuntamiento de Madrid

MADRID

